

el país Natchez, que hiciese la enumeración de sus soldados, para que introdujesen el arado ó la azada, si la necesidad lo exigía, hasta en los sepulcros de los indios. Chepar mandó al punto á sus batallones desplegarse al nacer al día á lo largo del río.

No bien los primeros destellos del alba doraran con tibia luz las olas del Atlántico, cuando el bético rumor de los tambores y las trompetas entusiasmó al guerrero que en su tienda reposaba. Estremecido el desierto, sacudió rudamente sus cabellera de bosques, y el terror penetró en el fondo de sus ignorados albergues, que desde el origen del mundo repitieron otros ecos que el suspiro de los vientos, el bramido de los ciervos y el canto de las aves.

A esta señal el demonio de los combates, el sanguinario Areskouí (1), y los demás espíritus de tinieblas prorumpieron en un prolongado y pavoroso grito de júbilo. El ángel del Dios de los ejércitos respondió á sus amenazas, hiriendo con su lanza de oro su escudo de diamante: tales son los rumores del Océano, cuando los ríos americanos, llenando sus urnas, se arrojan á la vez al seno de su antiguo padre: el Océano estremando las turbulentas ondas entre las altas rocas, despide siniestros fulguros; levántase airado, se precipita sobre sus hijos, á hiriéndoles con su tridente, los rechaza al cenagoso cauce. El soldado francés, al oír aquellos rumores, abandona el sueño, como el caballo de batalla siente escitado su generoso ardor al sonido del metal: sacude el agitado suelo, muerde el pesebre que blanquea con su espuma, y descubre en todos sus movimientos la noble impaciencia, el fuego, la gracia y la agilidad.

Un movimiento general animaba los campos y el fuerte. Los infantes corrían á los pabellones de armas; los ginetes contoneábanse ya sobre sus robustos corceles, y se oía el ruido de las cadenas y el áspero rodar de la ponderosa artillería. Por do quiera resplandecía el acero; por do quiera ondeaban las banderas de la Francia; banderas inmortales cubiertas de cicatrices, como los guerreros encanecidos en los combates. En breve, el ejército se desplegó á lo largo del caudaloso Meschacé. El coro de los instrumentos de Belona animaba con sus triunfantes acordes á todos aquellos valientes, mientras se veía agitarse acompasadamente la gorra del granadero que descansaba sobre sus armas y marcaba el compás con una alegría que inspiraba terror.

¡Hija de Mueosina, de larga memoria! alma poética de los tripodes de Delfos y de las palomas de Dodona: diosa que cantas en derredor del sarcófago de Homero, en alguna desconocida playa del mar Egeo: tú, que no lejos de la antigua Partenope, haces brotar el laurel del sepulcro de Virgilio: Musa! ¡dignate abandonar por un momento todos esos difuntos cantores y su imperecedero polvo! Deja las costas de la Aurora, las claras ondas del Esperquío y los campos donde activa descollara Troya: ven, ven á animarme con tu divino soplo, para que pueda nombrar los capitanes y los batallones del no domado pueblo, cuyas proezas cansarían, ¡oh Caliope! hasta tu pecho inmortal.

En el centro del ejército ostentábase el batallón vestido de azul que fulmina los rayos de Belona; él, en casi todos los combates, obliga á la Fortuna á seguir las huestes de la Francia; versado en las ciencias más sublimes, corona la victoria con los laureles del genio. Ninguna nación puede vanagloriarse de semejante tropa; mándala Folard, el impenetrable Folard, que rodeado de los mayores peligros, puede medir la curva de la bala ó de la bomba; señalar la colina de que es preciso apoderarse; trazar y resolver en la ensangrentada arena, en medio del fuego y de

(1) Genio ó dios de la guerra, entre los salvajes.

la muerte, las figuras y los complicados problemas de Pitágoras.

La infantería, blanca y ligera como la nieve, formóse con rapidez delante de las lentas máquinas que vomitan hierro y flamas. Marsella, cuyas galeras llegaban al antiguo Egipto; Lorient, que hace bogar sus bajeles hasta los mares de Trapobana; la Torená, tan deliciosa por sus frutos; Flandes, la de ensangrentadas llanuras, Lyon, la romana; Strasburgo, la germánica; Tolosa, tan célebre por sus trovadores; Reims, á donde los reyes acuden á buscar su corona; París á donde van á llevarla; todas las ciudades, todas las provincias, los ríos todos de las Galias, dieron á la América aquellos famosos soldados.

Ya no son sus armas la espada ó el *angon*; ya no se adornan con el ancho *bracha* y collares de oro: no! llevan un tubo flamífero, terminado en el cuchillo de Bayona; y su uniforme es la flor de lis, símbolo del honor virginal de la Francia.

Dividida en cincuenta compañías, cincuenta escogidos capitanes dirigen aquella formidable infantería. Mostrábase allí el infatigable Toustain que naciera en las llanuras de la Beacia; donde las doradas mieses se mecen cual las olas del mar; el rápido Armañac, que fue bañado al nacer en aquel río cuyas ondas inspiran el valor y los recursos estratégicos; el sufrido Tourville, alimentado en los herbosos valles en que bailan las aldeanas de alto tocado y de corsé de seda. ¿Quién, empero, podría enumerar tantos guerreros ilustres? Beaumanoir, hijo de los peñascos de la Armórica; Causans, á quien su tierna madre dió á luz orillas de la fuente de Laura; d'Aumale, que probó el vino de Aí antes que la leche de su nodriza; Saint-Aulaire de Nimes, criado bajo un pórtico romano; y Gualtero de París, cuya venturosa juventud se deslizó entre las rosas de Fontenay, las encinas de Senard, y los jardines de Chantilly, de Versailles y de Ermenonville.

Entre aquellos denodados capitanes brillaba el joven d'Artagrette por la hermosura de su rostro, y por el aspecto de humanidad y moderación que mitigaba la intrepidez que en sus miradas respiraba. Seguía la enseña del honor, y ardía en deseos de derramar su sangre por la Francia pero detestaba las injusticias; y en los consejos de guerra defendiera más de una vez á los desgraciados indios de la rapacidad de sus opresores.

A la izquierda de la infantería dilatábanse los veloces escuadrones de esa especie de centauros, vestidos de verde, y cuyo casco terminaba en un dragón. Veíase mecérse sobre sus cabezas sus penachos de crin, agitados por los movimientos del caballo, retenido no sin esfuerzo en la fila de sus compañeros. Aquellos ginetes sepultaban sus piernas en un negro cuero, despojo del búfalo salvaje; un largo sable saltaba sobre su muslo, cuando barriendo, por decirlo así, la tierra con el vientre de su caballo, caían sobre el enemigo, armada la diestra de mortífera pistola. Según lo requerían los varios casos de Belona, se les veía apearse de sus caballos de doradas crines, combatir á pie firme en la montaña, montar de nuevo, y otra vez apearse y montar. Casi todos aquellos guerreros habían visto la luz primera no lejos de ese río en cuyas márgenes madura el sol un vino ligero, propio para apagar la sed del soldado en el ardor de la batalla; obedecían la voz del bizarro Villars.

En el ala opuesta del cuerpo del ejército se mostraba inmóvil la caballería de línea, sobre cuyo uniforme de azul oscuro resalta un pliegue brillante, tomado del velo de la Aurora. Unas borlas de oro hilado y torcido, saltaban brillando sobre la espalda del guerrero, al mesurado trote de sus caballos. Aquellos adalides cubrían sus frentes con el sombrero galo, cuyo caprichoso triángulo adornaba una rosa blanca, fija con harta frecuencia por la mano de tímida doncella,

y sobre cuyo remate se agitaba un gracioso plumero. ¡Intrépido Nemours! tú guiabas al combate aquellos famosos guerreros.

¡Pero pudiera olvidar aquella falange, que colocada á retaguardia de todo el ejército, debía protegerle contra las sorpresas del enemigo? ¡Sagrado batallón de labradores! vosotros habiais bajado de las montañas de la Helvecia, vestidos con la púrpura de Marte; la pica con que vuestros abuelos atravesaron á los tiranos, brilla aun en vuestras rústicas manos, y en medio del desorden de los campos y de la corrupción de la moderna edad, conserváis vuestras virtudes primitivas; os acompaña inseparable el dulce recuerdo de los nativos campos; que no sin cierta amargura os veis desterrados en apartadas riberas; temese hacer os oír los aires nacionales, que os traen á la memoria á vuestros padres y madres, á vuestros hermanos ó hermanas y el mugido de los rebaños en vuestras montañas.

D'Eriach acaudillaba aquellos bravos hijos de Guillermo Tell; descendía de uno de los suizos que tuvieron con su sangre, al lado de Enrique III, las abandonadas lises. ¡Felices!, si en las escaleras del Louvre, los hijos de estos extranjeros no renuevan su noble sacrificio!

Por último, el canadiense Henry dirigía en la vanguardia aquella tropa de franceses medio salvajes, indolentes hijos de los bosques del Nuevo-Mundo. Aquellos cazadores, reunidos en desórden á la cabeza del ejército, vestían únicamente una túnica de hilo, ajustada por un cinturón; un cordón á manera de tahalí sujetaba sobre su pecho un cuerno de corzo en que se encerraban el plomo y la pólvora; una corta carabina rayada pendía á modo de carcaj de sus hombros; casi nunca yerran el tiro, y persiguen á los hombres en sus bosques como á los gamos y ciervos. Rivales de los pueblos del desierto, han adquirido sus inclinaciones, sus costumbres y su amor á la libertad; saben descubrir las huellas de un enemigo, prepararle emboscadas ó forzarle en su último asilo. En vano los panderos que los acompañan, dominando pequeños caballos de raza tártara; en vano aquellos ginetes del Danubio, de largos pantalones, de casacas forradas, pendientes por detrás, de gorro oriental y retorcidos bigotes, intentan anticiparse á los ágiles canadienses; no es tan rápida la golondrina que desflora las aguas; menos ligero es el fragmento de caña que arrebatara mujidor torbellino.

Así ordenadas las tropas, estendíanse á lo largo del río cuando, caballero en una blanca yegua, errante hija de las sábanas mejicanas, llegó Chepar rodeado de una brillante escolta de guerreros.

Nacido bajo la tienda de los Luxembourg y los Catinat, el antiguo capitán solo veía la sociedad en las armas; el mundo para él era un vasto campamento. En vano había atravesado la inmensidad de los mares, porque su vista, se circunscribía al círculo que en otro tiempo abarcara, y la América salvaje reproducía á sus ojos la Europa civilizada: así el laborioso gusano que urde la más preciosa trama, no conoce sino su bóveda de oro y no puede estender sus miradas sobre la naturaleza.

El jefe se adelanta y se detiene en breve á algunos pasos de la línea de los guerreros: el prolongado redoble de los tambores resuena, los capitanes corren á sus puestos, y los soldados se hacen firmes en sus filas. A la segunda señal, la dilatada línea se fija y se muestra inmóvil, semejante entonces á la muralla de una fortaleza sobre la que ondean las banderas de Marte.

Cesa el estruendo de los tambores: levántase una voz robusta, que se repite á lo largo de los batallones, de jefe en jefe, como de eco en eco. Mil fulgurantes tubos, alzados del suelo, hieren simultáneamente el hombro izquierdo del infante; los ginetes desenvai-

nan sus largos sables, cuyo acero, al reflejar los rayos del sol, mezcla sus vivos destellos á las triples ondas de fuego de las bayonetas: así, durante una noche de invierno brilla una soledad en que las tribus canadienses celebran la fiesta de sus genios: reunidas sobre la sólida superficie de un río, bailan al resplandor de los pinos encendidos por donde quiera; las encadenadas cataratas, las montañas de nieve y los bosques de cristal revistense de esplendor, mientras los salvajes creen ver los espíritus del Norte bogar en sus canoas aéreas con grandes remos de fuego, sobre la movible aurora de Boreas.

Las filas del ejército se entrecierran y presentan á su jefe hileras regulares: Chepar las recorre con lentitud, examinando los guerreros que maniobran á sus órdenes, á la manera que un solícito jardinero se pasea entre las filas de los tiernos arbolillos cuyas raíces asegura y cuyas ramas dirige con esperta mano.

Finalizada la revista, Chepar manda que los capitanes ejerciten sus tropas en los juegos de Marte. Dada la orden, la baqueta resuena sobre el ronco parche. Al punto, el soldado tiende hácia delante el pie izquierdo con la seguridad y la firmeza de un Hércules; todo el ejército se conmueve, y con iguales pasos marca la marcha que baten los tambores. Las ennegrecidas piernas de los soldados abren y cierran una larga calle, al cruzarse como las tijeras con que una doncella recorta ingeniosas labores. A intervalos, las cajas de metal, cubiertas con la piel del onagro, enmudecen á la señal del gigante que las guía; entonces, mil instrumentos, hijos de Eolo, animan los anchos bosques, mientras los címbalos del negro se chocan en el aire y giran como dos soles.

Nada más maravilloso y á la vez más terrible que el ver marchar aquellas legiones al son de la música, cual si abriesen las danzas de alguna fiesta; nadie podía mirarlás sin sentirse poseído del furor de los combates, y sin arder en vivos deseos de compartir sus glorias y peligros. Los infantes se apoyan y giran sobre sus alas de caballería, como sobre dos polos; ora se detienen y estremecen la soledad con sus simultáneas descargas, ó con un fuego sucesivo que sube y baja á lo largo de la línea como los anillos de una serpiente colosal; ora bajan todos á la vez la punta de la bayoneta, tan fatal en manos francesas; ora tienden en el suelo sus armas, las alzan, las echan al hombro, las presentan en marciales saludos, las cargan ó descansan sobre ellas; y en todos estos juegos bélicos no invertían un momento aquellos hijos de la Victoria.

A estos ejercicios de las armas sucedieron sabias maniobras. Alternativamente el ejército se ensanchaba y se estrechaba; alternativamente avanzaba y retrocedía; aquí se ahuecaba cual el canastillo de Flora; allí se dilataba cual los contornos de una urna de Corinto; el Meandro se replega menos veces sobre sí mismo; la danza de Ariadna, grabada en el escudo de Aquiles, presentaba menos giros que los laberintos trazados en la llanura por aquellos alumnos de Marte: los hábiles capitanes hacían tomar á los batallones todas las figuras del arte de Urania: así los niños estienden ligeras sedas en sus ágiles dedos; y sin confundir ni romper el frágil dédalo, ya lo desplagan en tela, ya lo truecan en cruz, ya lo dilatan en círculo, ya lo entrecierran levemente en forma de cuna.

Los indios reunidos admiraban aquellos juegos que les ocultaban destructoras tempestades.

LIBRO SEGUNDO.

Satanás, hendiendo los aires, arrojaba desde los cielos de la América una mirada de desesperación á esta parte del globo, donde el Salvador le perseguía á

la manera que el sol, al salir de las puertas del Oriente, disipa las tinieblas; Chile, el Perú, Méjico y la California reconocían ya las máximas del Evangelio; algunas otras colonias cristianas cubrían las costas del Atlántico, y muchos celosos misioneros habían enseñado el verdadero Dios á los salvajes de los desiertos. Satanás, lleno de proyectos de venganza, volvió á los infiernos á reunir el consejo de los demonios.

Desplega ante sus compañeros de dolores el cuadro de todos sus esfuerzos para perder la raza humana, para compartir con el Criador el mundo creado, para oponer en la tierra el mal al bien, y mas allá de la tierra, el infierno al cielo. Propone á las legiones malditas un postrer combate; intenta armar todas las naciones idólatras del Nuevo-Continente, y quiere unir las en un vasto complot, para exterminar á los cristianos.

El ángel precito descubrió en los natchez las pasiones adecuadas para dar cima á su negro propósito. «Dioses de la América, exclamó; ángeles que conmi-go caisteis, vosotros que os haceis adorar bajo la forma de una serpiente, vosotros, que sois invocados como los genios de los castores y de los osos; vosotros, que con el nombre de manitoes, llenais los sueños, inspirais los temores ó manteneis las esperanzas de los pueblos bárbaros; vosotros, que murmurais en los vientos, que mugis en las cataratas, que presidís el silencio ó el terror de los bosques; ¡acudid á la defensa de vuestros amenazados altares! Difundid las ilusiones y las tinieblas; soplad por donde quiera la discordia, los zelos, el amor, el odio y la venganza. Tomad parte en los consejos y en los juegos de los natchez; conviértase todo en prodigio á los ojos de vuestros hombres entre quienes todos os fiestas y combates. Yo os daré mis órdenes; ¡mos-traos solícitos en su cumplimiento!

Dijo; y el Tártaro lanzó un rugido de alegría que resonó en los bosques del Nuevo-Mundo. Areskoui, demonio de la Guerra; Athensia, que excita á la venganza; el Genio de los fatales amores y otras mil potestades infernales se levantaron á la vez para secundar los deseos del príncipe de las tinieblas. Este corre á la tierra en busca del demonio de la Fama, que no asistiera al infernal consejo.

El sol asomaba por el horizonte cuando el hermano de Amelia despertó en la cabaña de un salvaje. La corteza que servía de puerta á la choza habia sido arrollada y levantada sobre el techo. Envuelto en su capa, René se hallaba tendido sobre su estera de modo que miraba la abertura de la cabaña. Los primeros objetos que á su vista se ofrecieron fueron la estensa bóveda de un cielo azul, que con incierto vuelo cruzaban algunas aves, y la cima de los tulíperos que se mecían al apacible soplo de las brisas matinales. Las ágiles ardillas saltaban en las ramas de aquellos hermosos árboles, y las cotorras silbaban bajo sus tersas y suaves hojas. Vuelto el rostro hácia el azulado firmamento, el jóven extranjero fijaba sus miradas en él, pues le parecía de inmensa profundidad y trasparente como el cristal. Un sentimiento vago de felicidad, hartó desconocido de René, reposaba en el fondo de su alma, al mismo tiempo que creía sentir que mitigado el ardor de su sangre, esta bajaba de su corazón á las venas, y volvía al centro de la vida mediante un largo rodeo; así nos pinta la antigüedad los arroyos de leche ocultándose en el seno de la tierra, cuando los hombres no habian perdido aun su inocencia primitiva, y cuando el sol de la edad de oro se levantaba á los cantos de un pueblo de pastores.

Un movimiento en la cabaña puso término al éxtasis del viajero, que vió al patriarca de los salvajes sentado sobre una estera de caña. Sásega, laboriosa matrona, hacia cerca del hogar una infusión de

encajes de Logheto con cortezas de pino rojo, que producen un vivo color de púrpura, en tanto que la sobrina de Chactas guarnecía en un lugar retirado con plumas de alcon algunas flechas. Su amiga Celuta que habia ido á visitarla, parecía ayudarla en su tarea; empero, su mano inmóvil sobre la labor, anunciaba hartó claramente que su corazón abrigaba otros sentimientos.

El hermano de Amelia habíase dormido hombre de la sociedad y despertaba hombre de la naturaleza. El cielo se extendía sobre su cabeza como el magnífico pabellon de su lecho; anchas cortinas de variadas hojas y de caprichosas flores parecían colgar de aquel pabellon inimitable; las tranquilas auras soplaban, por decirlo así, la frescura y la salud; libres los hombres, puras las mujeres, rodeaban el lecho del jóven, que se sentía inclinado á palpase para cerciorarse de su existencia y convencerse de que no era una brillante ilusión cuanto en aquellos momentos le rodeaba. Tal fue el despertar del guerrero amado de Armida, cuando esta encantadora hallando á su enemigo sumido en profundo sueño, arrebatóle sobre ligera nube y le dejó en las risueñas campiñas de las islas Afortunadas.

René se levantó, sale, suméjose en las vecinas ondas, respiró el perfume de los sasafrás y liquidámbares, saludó la luz del naciente día, las olas del Meschacebé, las sábanas y los bosques, y volvió á entrar en su cabaña.

Las mujeres sonreían al ver los modales del extranjero, pero con esa inofensiva sonrisa propia de su sexo. Celuta recibió el encargo de preparar la comida del huésped de Chactas; tomó, pues, harina de maiz que amasó con agua de fuente, y formó una torta que presentó á las llamas, sosteniéndola con una piedra. Hizo luego hervir agua en un vaso en forma de canastillo, y la derramó sobre el polvo de la raíz de zarzaparrilla esta mezcla espuesta al aire, trocóse en una jalea de rosado color y delicioso gusto. Entonces Celuta retiró el pan del hogar y lo presentó al hermano de Amelia, sirviéndole al mismo tiempo con la reciente jalea un panal de miel y agua de arce.

Todo esto terminado con gran celo, mantúvose en pié llena de agitación en presencia del extranjero. Este, aleccionado por Chactas, se levantó, impuso entrambas manos en señal de luto sobre la cabeza de la india, porque habia perdido á su padre y á su madre, y no tenia otro arriño que su hermano Outougsmiz. La familia exhaló los tres gritos de dolor, llamados *gritos de viuda*: Celuta volvió á su obra y René empezó su almuerzo.

Entonces Celuta, encargada de distraer al guerrero blanco, se puso á cantar, en estos términos:

«Hé aquí el árbol sagrado; debajo de este árbol hay un césped y sobre este césped descansa una mujer. Yo, que lloro á la sombra del árbol me llamo Celuta: hija soy de la mujer que sobre el césped reposa: ¡era mi madre!»

«Mi madre me dijo al espirar: Trabaja y sé fiel á tu esposo, cuando lo hayas hallado; si es feliz sé humilde y tímida, y no te acerques á él sino cuando te diga: ¡Ven! mis labios quieren hablar á los tuyos.»

«Si es desgraciado, prodígale tus caricias; tu alma rodee la suya; tu carne sea insensible á los vientos y á los dolores. Yo, que me llamo Celuta, lloro ahora debajo del árbol sagrado; ¡hija soy de la mujer que bajo el césped descansa!»

Mientras así cantaba, trémula la india vertía copiosas lágrimas que abrasaban sus mejillas, y no sabia por qué á la vista del hermano de Amelia recordaba los últimos consejos de su madre. René sentía también humedecidos sus ojos. La familia participaba de la emoción de Celuta, y toda la cabaña lloraba de amargura, de amor y de virtud. Tal fue el aluzoæn

No bien hubo finalizado esta escena, presentóse un guerrero que presentó al extranjero un hacha para que se construyese una cabaña. Al mismo tiempo llevaba de la mano á una doncella mas hermosa y jóven que Criseida, para que el nuevo hijo de Chactas se procurase un lecho en el desierto. Celuta inclinó la cabeza sobre el agitado pecho; y advertido Chactas de lo que ocurría, adivinó el resto. Entonces dijo con enojo: «¿Se trata de inferir un agravio á Chactas? El guerrero adoptado por mí, no debe ser considerado como un extranjero.»

Consternado por esta reprensión del viejo, el enviado dió una palmada y exclamó: «René, adoptado por Chactas, no debese considerado como un extranjero.» No obstante, Chactas aconsejó al hermano de Amelia que hiciese un presente á Mila, temiendo ofender á una familia poderosa que contaba mas de treinta sepulcros. René obedeció, y abrió una cajita de madera de papaya, de la cual sacó un collar de porcelana ensartado en un hilo de raíz de álamo blanco, llamado *árbol de la negativa*, porque la liana se marchita en derredor de su tronco; René hacia todo esto por consejo de Chactas; dió, pues, el collar á Mila, que apenas frisaba en los catorce años, diciéndole: «¡Dichoso tu padre y tu madre! mas dichoso, empero, el hombre que se llame tu esposo!» Mila arrojó al suelo el collar.

La paz descendió á la cabaña el resto del día. Celuta volvió á casa de su hermano Outougsmiz, Mila á la de sus padres, y Chactas fue á conversar con los sachems.

Al llegar la noche, reuniéronse bajo los tulíperos; la familia comió sobre la yerba, sembrada de roja verbena y de doradas flores. El monótono canto del will-poor-will, el zumbido del colibri, el chillido de las pavas salvajes, los suspiros del verdoron, el silbido del pájaro burlon y el sordo mugido de los codrilos en las espadañas, formaban la indefinible sinfonia de aquel banquete.

Huyendo del reino de las sombras, y bajando sin rumor alguno á la dudosa claridad de las estrellas, los Sueños acudían á descansar sobre el techo de los salvajes. Era la hora en que el ciclope europeo enciende el horno cuya llama se dilata ó se replega al acompasado movimiento de los largos fuelles. Súbitamente resuena un golpe, y despertando llenas de sobresalto, las mujeres se incorporan en sus camas. Chactas presta atento oído: una india levanta la corteza de la puerta, y pronuncia atropelladamente estas palabras: «Los perversos manitous se han desencadenado: ¡salid, salid!» La familia corrió á ponerse al abrigo de los tulíperos.

La noche dominaba el mundo; las nubes diseminadas por el firmamento, se parecían en su desorden á los informes rasgos de colorido, trazados por un pintor que hubiese ensayado al azar su pincel sobre un lienzo azul. Unas como lenguas de fuego lividas y movibles enrojecían á trechos la celeste bóveda. De repente apagáronse aquellos rasgos de fuego; oyóse atravesar la oscuridad cierta cosa terrible, y del caliginoso fondo de los bosques se alzó una voz que nada de comun tenia con el humano acento.

En aquel momento se presentó un guerrero á la puerta de la cabaña, y dirigió á Chactas estas precipitadas palabras: «El consejo de la nacion se reúne; los blancos se preparan á levantar el hacha contra nosotros; y les han llegado nuevos soldados. Por otra parte, la nacion está agitada; la Mujer-Gefe, madre del jóven Sol, es presa de los malos Genios; Onduré se muestra poseído de una pasión funesta. El gran sacerdote habla de oráculos y sueños, y se murmura sordamente del francés que pretende haber adoptado. Eres testigo de los prodigios de la noche; apresúrate, pues, á marchar al consejo.»

Esto dicho, el mensajero prosiguió su camino, y

fue á despertar á Adario. Chactas entró en su cabaña, y suspendiendo del hombro izquierdo su manto de piel de marta, pidió su báculo de hictory (1), terminado en una cabeza de buitres. Miscoué habia cortado en su vejez aquel báculo, y lo dejara en herencia á su hijo Outalissi, y este á su hijo Chactas, quien apoyado en aquel cetro hereditario, daba lecciones de sabiduría á los cazadores jóvenes reunidos en los bosques. Un indio enteramente armado fue á buscar á Chactas y le condujo al consejo.

Todos los sachems habian ya ocupado en él su lugar; los guerreros estaban formados á su espalda; y las matronas, á cuya cabeza se mostraba la Mujer-Gefe, madre del heredero de la corona, ocupaban los puestos que les estaban señalados; los sacerdotes se sentaban á sus piés.

Adario, cacique de la tribu de la Tortuga, se puso en pié: inaccesible al temor, insensible á la esperanza, aquel sachem se distinguía por un entusiasta amor á la patria; enemigo irreconciliable de los europeos, que habian dado muerte á su padre, pero aborreciéndoles mucho mas por considerarles los tiranos de su país, hablaba sin cesar contra ellos en los consejos. Aunque profesaba respeto á Chactas y se complacia en confesar la superioridad del ciego sachem, era no obstante, casi siempre de parecer opuesto al de su antiguo amigo.

Caidos é inmóviles los brazos y fija en el suelo la mirada, pronunció este discurso:

«Sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus, escuchad:

«Ya el aloe se habia coronado dos veces de flores, desde que el español Fernando Soto cayera bajo la mazza de nuestros antepasados; ya habiamos ido á combatir á los tiranos lejos de nuestras orillas cuando el Meschacebé contó á nuestros ancianos que una nacion extranjera bajaba de sus manantiales. Pero ese pueblo no pertenecía á la orgullosa raza de los guerreros de fuego (2). Su alegre carácter, su arrojado, su amor á los bosques y á nuestras costumbres, le granjearon nuestro amor. Nuestras cabañas compadecieron su miseria, y dieron á La-sala (3), todo lo que ofrecerle podian.

«En breve, la ligera nacion se precipitó por donde quiera sobre nuestras márgenes, y d' Iber-ville, el domador de las olas, estableció sus guerreros en el centro mismo de nuestro país. Yo me opuse á este establecimiento; pero vosotros atasteis la gran canoa del extranjero á los matorrales, luego á los árboles, mas tarde á los peñascos, y por último á la gran montaña; y sentándoos sobre la cadena que sujetaba la canoa de los blancos, quisisteis identificar aquel pueblo con el pueblo de la Aurora.

«Vosotros, sabeis, ¡oh sachems! cuál fue la recompensa de vuestra hospitalidad! Tomasteis, es cierto, las armas; pero hartó fáciles en dejarlas, encendisteis de nuevo el calumet de paz. ¡Imprudentes! ¡El humo de la esclavitud y el de la independencia podian desprenderse del mismo calumet? Necesitase una cabeza mas fuerte que la del esclavo, para no sentirse desvanecido por el perfume de la libertad.

«No bien habiais enterrado el hacha (4) y descansando apenas sobre la fe de los collares (5), empezais á reanudar los lazos de union, cuando merced á la mas negra de las perfidias, el actual caudillo de los franceses intenta atacaros sobre vuestras esteras. La tierra no ha cambiado mas ve-

(1) Especie de nogal.

(2) Los españoles.

(3) Fue el primero que bajó el Misisipi.

(4) Señal de paz.

(5) Cartas, contratos, tratados, etc.

»ces el adorno de su frente que dedos tengo en esta
»mano mutilada en defensa de mi padre, desde que
»los últimos atentados de los blancos han manchado
»nuestras sábanas. ¡Y aun vacilamos!

«¿Acaso, hijos del Sol, acaso os proponéis cambiar
»de desierto y abandonar á los opresores el suelo pa-
»trio? ¿Adónde, empero, intentáis dirigir la in-
»cierta planta? Al Occidente, al Oriente, hácia la
»nestrella inmóvil (1), en las regiones donde el Genio
»del dia se sienta sobre la esfera de fuego (2), en
»todas partes hallaréis los desapiadados enemigos de
»vuestra raza. Pasaron, ah! pasaron los tranquilos
»tiempos en que podiais disponer de todas las sole-
»dades, y en que todos los rios corrian tan solo para
»vosotros. Vuestros tiranos han pedido nuevos saté-
»lites, pues meditan una nueva invasion de nues-
»tros hogares. No obstante, nuestra juventud es
»florecente y numerosa; ¡no esperemos, pues, que

»pesos verdugos nos prendan y deguelen como á dé-
»biles mujeres! Hierve mi sangre en las venas, y mi
»hacha abrasa mi cintura. ¡Natchez! ¡sed dignos de
»vuestros padres, y el anciano Adario os conducirá
»desde hoy á las sangrientas batallas! ¡Ojalá los rios
»narrastren en sus hinchadas aguas los cadáveres de
»los enemigos de mi patria! ¡Ojalá tú, generosa tierra
»de las carnes rojas ahogues en tu seno el envene-
»nado trigo que siembre en él la manode la esclavi-
»tud! ¡Ojalá esas mieses impías, esparcidas sobre el
»polvo de nuestros abuelos, desarrollen en sus tallos
»las semillas de la muerte!»

Así habló Adario. Los guerreros, las matronas y
hasta los mismos ancianos, conmovidos por su va-
ronil elocuencia, agitábase como el trigo en la so-
nora tolva que lo vierte sobre la rápida muela. Onduré
se levantó en medio de la asamblea.

El gran cacique de los natchez, aunque dotado



OUTOUGANIZ JURANDO AMISTAD Á RENÉ.

aun de prodigiosa fuerza, tocaba los últimos límites
de la senectud, su mas próxima parienta, la violenta
Akansia, era madre del jóven que debia heredar la
dignidad suprema, que así lo estableció la ley del es-
tado. Akansia alimentaba en el fondo de su corazon
una pasión criminal por Onduré, uno de los princi-
pales guerreros de la nacion; pero Onduré, lejos de
corresponder al amor de Akansia, amaba con delirio
á Celuta, cuyo corazon empezaba á inclinarse al ex-
tranjero, huesped del venerable Chaectas.

Devorado de ambicion y de amor, habiendo contra-
ido todos los vicios de los blancos á quienes des-
testaba, pero de los cuales se fingia astutamente

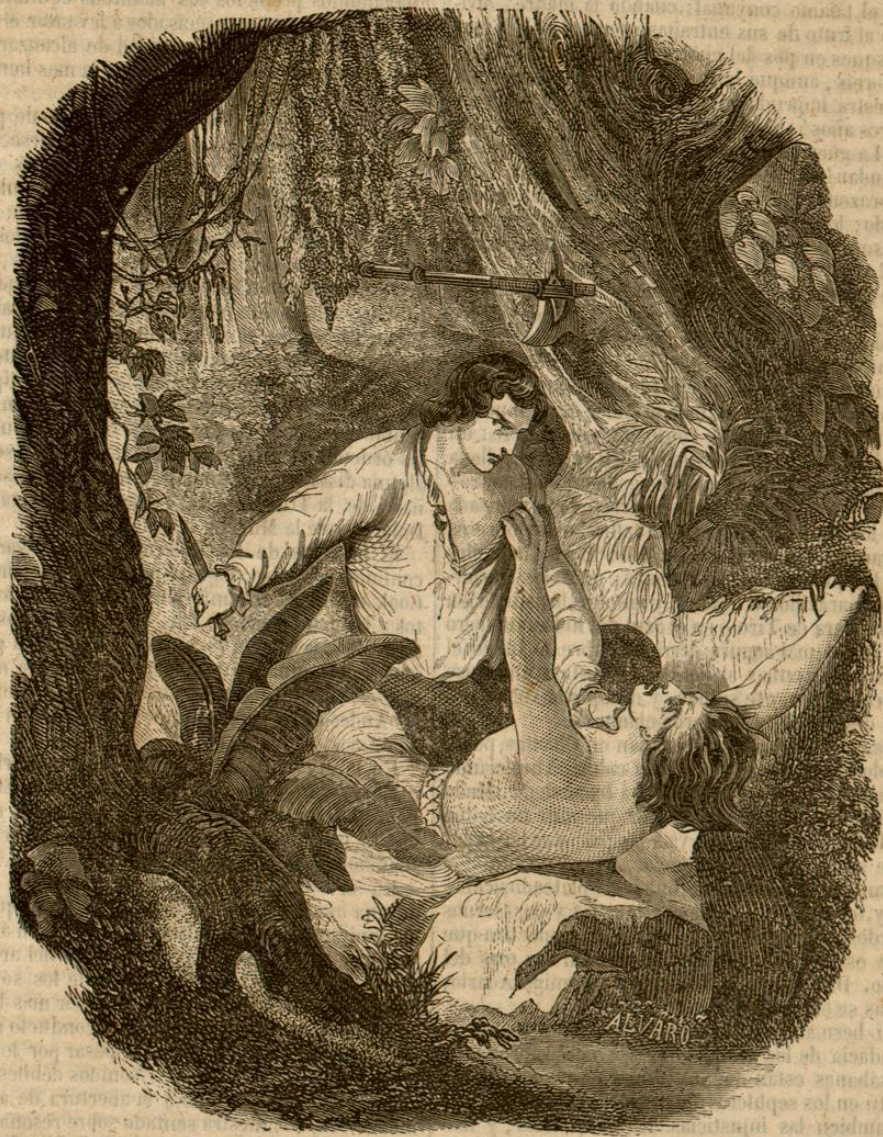
amigo, Onduré habia resuelto callar en el consejo,
para contemporizar, segun su habitual costumbre,
con entrambos partidos; pero su amor á Celuta y sus
nacientes zelos contra René, le impulsaron á pro-
nunciar estas palabras:

«Padres de la patria! ¿qué esperamos? ¿No nos
»ha trazado el camino el gran Adario? No veo aquí
»sino al sabio Chaectas que pueda oponerse á que le-
»vantemos el hacha salvadora (3). Pero el venerable
»hijo de Outalissi muestra gran inclinacion á los
»extranjeros. ¿A qué introducir entre nosotros á ese
»huesped, cuya venida ha sido marcada por funes-
»tas señales? Chaectas, lumbrera de los pueblos, co-
»nocerá en breve que su generosidad le arrastra mas

»allá de los límites de la prudencia, y será el pri-
»mero que reniegue de ese hijo adoptivo, y le sacri-
»fique si así es preciso, al bien de la patria.»

A la manera que en otro tiempo una vacante po-
sida del espíritu del dios, corria desgñada por las
montañas que hacia resonar con sus ahullidos, la
celosa madre del jóven Sol, sintióse trasportada de
furor á estas palabras de Onduré; pues descubrió en
ellas la pasión de este guerrero á una rival. Pálidas
las mejillas, sus miradas fulminan rayos al hombre
que desdeña su amor, y todos sus miembros se agi-
tan, presa de voraz calentura. Intenta hablar, pero
las palabras se niegan á la espresion de sus tumul-

(1) El Norte.
(2) El Mediodia.
(3) La guerra.



RENÉ DESARMA Y DERRIBA Á ONDURÉ.

»tuous ideas. ¿Qué dirá? ¿qué propondrá al consejo?
¿la guerra ó la paz? ¿Exigirá la muerte ó el destierro
del extranjero que acrecienta el amor de Onduré á
la hija de Tabamica? ¿Pedirá por el contrario, la
adopcion del nuevo hijo de Chaectas, para atormentar,
con la presencia de René al ingrato que la desprecia
para hacerle esperar una parte de los ocultos
dolores que la devoran? En tal desconcierto de
ideas y afectos, sus lívidos y trémulos labios ma-
articulan estas palabras:

«¡Viejos insensatos! ¿No habeis reflexionado sobre
»el peligro de la presencia de los europeos entre
»nosotros? ¿Tenéis acaso secretos para hacer el

«seno de las mujeres tan glacial como el vuestro? Cuando la alucinada doncella sea como el incauto pececillo que palpitante aun es arrojado por la red á las estériles arenas; cuando la esposa haya manchado el tálamo conyugal; cuando la madre, olvidando al fruto de sus entrañas, corra desalada por los bosques en pos del guerrero que la arrastra, reconocereis, aunque harto tarde, toda la estension de vuestra imprudencia. ¡Despertad del letargo de vuestros años! ¡Si! ¡forzoso es hoy que corra sangre! ¡La guerra! ¡Es preciso sangre! ¡los manitous lo mandan! Un fuego devorador circula por todos los corazones. ¡No consulteis las entrañas del oso sagrado; los votos, las súplicas y los altares inútiles son ya á los males que sobre nosotros gravitan!»

Dice, y su corona de plumas y flores cae de su cabeza. Bien así como una adormidera herida por los rayos del sol se inclina al suelo y desprende de su tallo las amargas gotas que inducen al sueño: la celosa mujer, devorada por el fuego del amor, dobla su frente cubierta por el helado sudor de la muerte. La asamblea es teatro de confusión sin nombre: un humo denso esparcido por los espíritus del mal llena de tinieblas la sala, oyense los gritos de las matronas, los movimientos de los guerreros y la cansada voz de los ancianos. Así, en un taller, estos obreros preparan las lanas de Albion ó de Iberia; aquellos baten los pulverulentos vellones; unos los trasforman en maravillosos tejidos, y muchos los sumergen en la púrpura de Tiro ó en el azul del Indostan; pero si una mano mal segura derrama sobre el fuego el líquido de las cubas ardientes, levántase un denso vapor con resonante silbido, y de aquella súbita noche se desprenden lastimeros clamores.

Todas las esperanzas se cifraban en Chactas, pues, á él solo era dado restablecer la calma. Anunciando por medio de una señal que iba á hacerse oír. Muda é inmóvil la asamblea, el orador que aun no habia hablado, parecia imponer ya á las pasiones las cadenas de su tranquila elocuencia.

Levántose: su cabeza coronada de plateados cabellos, y levemente mecida por la vejez y por tiernos recuerdos, asemejábase á la estrella respectiva que parece oscilar antes de sumergirse en las olas del Océano. Dirigiendo su discurso á su amigo Adario, Chactas se espresó en estos términos:

«Mi hermano el Aguila: tus palabras tienen la abundancia de las grandes aguas; y los cipreses de las sábanas están menos fuertemente arraigadas que tú en los sepulcros de nuestros padres. Conozco tambien las injusticias de los blancos, y han afligido mi corazón. Empero, ¿estamos seguros de que nada tenemos que acriminarnos á nosotros mismos? ¿Hemos hecho todo lo que hemos podido para mantenernos libres? ¿Pretendemos levantar con manos puras el hacha de Areskouï? Hijos míos (porque mi edad y el amor que os profeso me permiten daros este nombre), deploro la pérdida de la inocente sencillez que constituía la hermosura de nuestras cabañas. ¿Qué hubieran dicho nuestros padres si hubiesen descubierto en una matrona las demostraciones que acaban de turbar el consejo? ¡Mujer! lleva á otro lugar el extravío de tu razón; no te presentes entre los sachems con el soplo destructor de tus pasiones; no vengas á arrancar lastimeras quejas del morchito follaje de las antiguas vencinas.»

«Y tú, jóven caudillo que te has atrevido á tomar la palabra antes que los ancianos, ¿crees que engañarás á Chactas? ¡Teme que descubra tu alma, tan lóbrega como la roca en que se oculta el oso del blador!»

«Preparémos á los juegos de Areskouï, ejercitemos nuestra juventud y formemos alianzas con ve-

«cinos poderosos; pero antes sigamos las sendas de la paz, reanudemos la cadena de alianza con Chactas, para que este diga en la verdad de su corazón y declare con qué objeto reúne sus guerreros. Hagámonos propicios los manitous equitativos; y así al fin nos vemos precisados á levantar el hacha, combatiremos con la seguridad de alcanzar la victoria ó una muerte santa, que es la mas hermosa y verdadera de las libertades. He dicho.»

Chactas arrojó un collar azul, símbolo de paz, en medio de la asamblea y volvió á sentarse. Todos los guerreros estaban conmovidos: quienes decian: «¡Qué esperiencia!» quienes: «¡Qué dulzura y autoridad.» No volverá á hallarse tal sachem; sabe el idioma de todos los bosques; conoce todos los sepulcros que sirven de límite á todos los pueblos, y todos los rios que separan las naciones. Nuestros padres han sido mas felices que nosotros, porque han pasado su vida utilizándose de su sabiduría, al paso que nosotros le veremos morir.» Así hablaban los guerreros.

Adoptado el parecer de Chactas, cuatro diputados marcharon al fuerte de Rosalia con la misión de presentar el calumet de paz. Empero, Areskouï, fiel á las órdenes de Satanás, seguía con feroz sonrisa á alguna distancia á los mensajeros de Paz, acompañado de la Traicion, del Temor, de la Fuga, de los Dolores y de la Muerte.

El príncipe de los infiernos habia llegado á los confines del orbe, bajo el polo donde el intrépido Cook midió su circunferencia á través de los vientos y las tempestades. Allí, en medio de las tierras australes, veladas á la curiosidad humana por una inaccesible muralla de hielos, álzase una montaña que escende en altura las mas erguidas cumbres de los Andes en el Nuevo-Mundo ó del Tibet en la antigua Asia.

En la cresta de esa montaña está construido un palacio, obra de las potestades infernales. El palacio tiene mil pórticos de metal; los mas leves rumores hieren las cúpulas de su maravillosa fábrica, cuyo silencio nunca ha estralimitado su umbral.

En su centro hay una bóveda espiral, á manera de una concha, construida con tal arte, que todos los sonidos que en el palacio penetran van á resonar en ella; pero por un efecto del genio del arquitecto de las mentiras, la mayor parte de los sonidos se reproducen falsamente; ora el rumor mas ligero se agiganta y muje al entrar por el conducto señalado al trueno; ora estos espiran al pasar por los sinuosos caminos destinados á los sonidos débiles.

Allí, aplicando el oído á la abertura de aquel inmenso eco, se muestra sentado sobre resonante solio un demonio: la Fama. Esta deidad, hija de Satanás y de la Soberbia, nació en otro tiempo para anunciar el mal, pues antes del día terrible en que Lucifer levantara el estandarte de la rebelion contra el Omnipotente, la Fama era desconocida. Si un mundo se animaba ó se estinguía; si el Eterno sacaba un mundo de la nada, ó de nuevo hundía una de sus obras en el caos; si arrojaba nuevos soles al espacio, si creaba un nuevo orden de serafines ó si ensayaba la bondad de una nueva luz, todo esto era al punto conocido en el cielo por un sentimiento íntimo de admiracion y de amor, por medio del misterioso canto de la celestial Jerusalén. Empero, después de la rebelion de los ángeles perversos, la Fama usurpó las funciones de esta intencion divina. Precipitada en breve á los infiernos, esa deidad publicó en el abismo el nacimiento de nuestro globo, é indujo al enemigo de Dios á intentar la caída del hombre. Presentóse en la tierra acompañada de la Muerte, y desde aquel funesto instante estableció su mansion en la montaña desde donde oye y repite confusamente cuanto en la tierra, en los infiernos y en los cielos ocurre.

Satanás penetra la estancia del palacio donde velaba la Fama.

«¡Hija mia! le dice, ¿cómo me sirves tan mal? ¿Puedes ignorar los planes que medito? Tu eres la única que no se ha presentado en la asamblea de las potestades infernales. Y no obstante, hija ingrata, ¿en obsequio de quién me afano en este momento, sino en obsequio tuyo? ¿A qué ángel he llamado mas tiernamente que á tí? Cuando la Soberbia, mi primer amor, te dió á luz, te meci sobre mis rodillas y te prodigué caricias de padre. Apresurate, pues, á probarme que no has roto los lazos que nos unian. Ven, sígueme, que el tiempo urge; es preciso que hables, es preciso que repitas lo que te enseñaré, pues tu silencio puede ser funesto á mi imperio.»

El demonio de la Fama, sonriendo al príncipe de las tinieblas, le respondió con resonante voz.

«¡Oh padre mio! No he roto, no, los lazos que nos unen! He oido los rumores esparcidos por tí entre los natchez, y he visto lleno de júbilo las grandes empresas que preparas; pero en este momento llegaban á mi oído desde la tierra nuevos rumores: me ocupaba en divulgar por el mundo la gloria de un monarca de Europa (1). Los franceses me asombran con sus prodigios, y habria menester de siglos para oírlos y narrarlos. No obstante, estoy pronto á seguirte y lo abandono todo para secundar tus elevados designios.»

Esto dicho, la Fama baja de su trono: entonces, de todas las bóvedas, de todas las cúspides y de todos los palacios del estremecido palacio, se escapan confusos y discordes sonidos, tales son: «los rugidos de un rebaño de leones, cuando con las fauces encendidas y pendiente la lengua, levantan su voz tronadora durante una sequia en las áridas arenas del africano suelo.»

Satanás y la Fama salen del sonoro palacio, y descienden á manera de dos águilas al pie de la montaña, donde la Noche les presenta un carro, al cual suben. La Fama empuña las riendas que flotaban enredadas entre las alas de los dos caballos: demonio fantástico, parece en las tinieblas un gigante, pero herido por la luz, no es sino un vil pigmeo. El Asombro la precede, la Envidia la sigue de cerca y la Admiracion la acompaña á larga distancia.

La precita pareja salva los inexplorados mares que se estienden entre las moles de eternos hielos y las tierras á que aun no dieran nombre los Cook los La-Perouse. La Fama, guiando sus caballos hacia la Cruz del Sur, vuelve la espalda á esas constelaciones australes no recorridas por ojos humanos; luego, temiendo ser descubierta por el ángel que guarda al Asia, en lugar de subir el océano Pacifico, baja, por consejo de Satanás hacia el Oriente, para volar á la húmeda llanura que separa el Africa del Nuevo-Continente. La Fama no ve á O-Taiti con sus palmeras, sus cantos, sus coros, sus danzas y sus pueblos, imitadores de las costumbres de la Grecia. Mas rápido que el pensamiento, el carro Satánico dobla el Cabo donde un océano por tanto tiempo ignorado, presenta eternos combates á los mares del Antiguo Mundo.

Satanás y la Fama dejan á larga distancia á su espalda las llamas que se levantan de las tierras Magallánicas; lúgubre faro, no encendido por mano alguna, y que brilla sin guarda en las costas de un mar sin navegante. Y te saludaron tambien, humeantes ruinas de Rio Janeiro, monumentos de tu valor, ¡oh famoso compatriota mio!

Satanás hirió, aguijoneó con su lanza sus jadeantes corceles, y salvó en breve aquel promontorio que recibiera un día una colonia de cartagineses. El rio de

(1) Luis XIV.

las Amazonas descubre su inmensa embocadura, esas aguas que la Condamine, guiado por la celestial Urania, visitó en su docta navegacion y cuya descripcion estaba reservada al sabio Humboldt.

Sin detenerse, el carro atraviesa la línea que el sol caldea con sus rayos, penetra en el opuesto hemisferio y deja á la izquierda la triste Cayena, destinada por el porvenir á ser mansion del destierro y del dolor. Las dos potestades infernales, al perder de vista aquella tierra que les hace sonreír, vuelan á las islas de los Caribes, y entran en el archipiélago del golfo Mejicano. La montuosa Martinica, aun no sometida al valor francés; la Dominica, conquistada por los ingleses, desaparecen bajo la rueda de su carro. Santo Domingo, que andando el tiempo se embriagó de riquezas de sangre y de libertad; Santo Domingo, cuyos destinos debian ser tan extraordinarios se mostraba entonces salvaje en parte, tal como los intrépidos filibusteros la dejaban en herencia á la Francia. ¡Y tú isla de San Salvador, eternamente célebre entre todas las islas, descubierta fuiste por el ojo de la Fama, aunque una ingrata oscuridad haya sucedido á tu gloria. Alzando la frente entre tus hermanas de Bahama, tú fuiste la primera que sonrió á Cotton; tú viste desembarcar de sus carabelas al inmortal genovés, como el hijo primogénito del Océano; sobre tus costas se visitaron los pueblos del Occidente y de la Aurora, y se dieron mutuamente el nombre de hombres! Tus rocas resonaban con los ecos de una música guerrera, anunciando aquella solemne alianza, mientras Colon caía de rodillas y besaba aquella tierra, segunda mitad de la herencia de los hijos de Adam.

No bien la Fama habia abandonado á San Salvador, cuando llegó al olmo de las Floridas: detiene el carro y se arroja con el arcángel á las playas donde la mar se retira. Satanás recorre un momento con pavorosa mirada los espesos bosques, como si descubriese ya en aquellas soledades unos pueblos destinados á cambiar la faz del mundo. La Fama estiende una nube sobre su carro, desplega las alas, alarga una mano á su compañero; ambos encerrados en un globo de fuego, se elevan á desmesurada altura, y déjanse caer sobre las orillas del Meschacébé. Allí Satanás abandona á su impostora hija, para volar al cumplimiento de otros proyectos, mientras esta se apresura á ejecutar las órdenes de su padre.

Adopta el paso y aspecto de un anciano, para dar á sus palabras un carácter mas marcado de verdad. Su cabeza se desnuda de cabellos, su cuerpo se inclina, se encorva sobre un arco flojo que empuña á manera de báculo, y sus facciones retratan fielmente las del sachem Ondaga, uno de los hombres mas sabios entre los natchez. Transformado de este modo, el indiscreto demonio, va llamando de cabaña en cabaña y refiriendo la tierna inclinacion de Celuta hacia René, y añadiendo cual suele, alguna circunstancia que despierte la curiosidad, el odio, la envidia, ó el amor. La celosa madre del jóven Sol, Akansia, prorumpie en un grito de júbilo á estos rumores esparcidos por el demonio de la Fama, pues esperaba que Onduré desdeñado de Celuta, se inclinaria tal vez á la amante que hacia despreciado; pero el mentido viejo añadió que Onduré, presa de la mas violenta desesperacion, amenazaba la vida del extranjero.

Estas palabras helaron el corazón de Akansia, que exclamó: «¡Sal de mi cabaña, oh el mas imprudente de los viejos, y vé á proseguir á otro lugar tus insensatas narraciones! ¡Ojalá los sachems hagan en tí un castigo ejemplar, arrancándote esa lengua que destila el veneno!»

Esto diciendo, Akansia, nueva Medea, sintióse inclinada á despedazar sus hijos y á hundir un puñal en el corazón de la rival detestada!»

La Fama se aleja de la Mujer-Jefe, y corre en bus-